

Poseía una fuerza de caballo a pesar de lo poco que comía. Allí esperaron por lo menos tres horas hasta que se vio al doctor Zúñiga avanzar por el zagúan. José le empujó hacia él y desapareció, de modo que Silverio se encontró de sopetón ante su alimentador oficial, que arqueó las cejas como si no le reconociera. Inmediatamente sonrió: «Ah, tú eres Silverio.» Continuó su camino y tuvo que seguirle como un perrillo, hasta que el doctor le preguntó si quería algo. Se lo explicó lo mejor que pudo, tartamudeando. El señor doctor se puso muy serio y callado, como si meditara la respuesta. José debía estar espiándoles desde cualquier esquina. «Dile a tu hermano que era una buena muchacha.» Sólo mucho tiempo después supo Silverio que se había ahorcado con un cordón de su hábito morado de penitente.

En casa de los Zúñiga, Silverio estaba empezando a entrar en un régimen general especial. Parecían haberse acostumbrado a él y ya les daba menos pena, con lo que penetró también en el terreno de las broncas; sin embargo, el sistema permanecía estricto: una cosa es que le dieran de comer y otra que le permitieran jugar con los hijos. Ahí la distancia se mantenía intacta como el primer día. Él llegaba, comía y se iba. Algunas veces remoloneaba en la sobremesa hasta que Hortensia le echaba con cajas destempladas. Con el único que hubiera podido jugar era con Julián, pues Andrés resultaba demasiado mayor y las niñas eran las niñas. Con Julián le habría apetecido, sobre todo porque recibía de él unas miradas que no sabía cómo interpretar; él también le miraba sin saber a ciencia cierta lo que quería transmitirle. A Silverio le gustaba la posibilidad de tener un amigo rico, y a Julián quizá también le parecería divertido tener un amigo pobre.

Sabía que Julián y las niñas iban todas las tardes con Hortensia al parque de San Antón, cuando el calor empezaba a amainar un poco. Allí los había visto merendar pan con chocolate. No es que Silverio fuese buscando una merienda, eso le importaba un pito: si se acercó esa tarde a San Antón fue con el único objeto de hacerse el encontradizo con Julián para intentar saber qué pensaba de él, cosa que le preocupaba hasta el punto de que había noches que tardaba en dormirse cavilando sobre ese tema. No tardó en encontrar a los Zúñiga. Hortensia estaba sentada en un banco de madera, a la sombra de un roble, y las niñas jugaban en la tierra con palas y un cubo. Julián, más allá, hacía una carrera ciclista con chapas. A San Antón solían ir los niños ricos con sus chachas; los pobres también podían ir, pero simplemente no iban, y eso que era un parque que a Silverio le gustaba mucho, sobre todo la parte de arriba, con los arcos del acueducto romano y la cantidad de sombra que había por todas partes y aquellos castaños inmensos y luego la estatua de bronce de ese personaje cuyo nombre no era capaz de retener. Todo estaba lleno de criadas y niños recién peinados, que apenas se ensuciaban porque apenas sabían jugar a nada y encima cada tarde traían ropa nueva. Silverio estaba empeñado en hablar con Julián, y allí delante se le plantó. «¿Qué haces tú ahí?», le gritó Hortensia, como si fuera la señora encargada de las broncas. «He venido a ver a Julián.» Éste se levantó del suelo y dijo: «Ven», sin siquiera dignarse mirar a Hortensia. Recogieron las chapas y se alejaron hasta donde la criada no pudiese oírlos. Pintaron en la tierra una ruta retorcida hasta lo inverosímil, y empezaron la carrera. Para Silverio lo importante aquel día no era jugar, pero le siguió. «Yo soy Delio Rodríguez», dijo Julián, y preparó su chapa

de lujo con la foto del ciclista, una chapa pesada, rellena de masilla de cristalero, lo mejor. «Tú eres Dalmacio Langarica», y le dio la chapa de Langarica, que era algo más liviana. Julián sólo parecía pensar en la carrera, y a Silverio le daba igual, sabía que podría ganarle cuando quisiera. Julián, pues, ganó y se reía apretando los dientes. ¿Qué le quería demostrar? Era un imbécil. Lo dejó plantado con sus chapas y se largó a ver a las locas.

En la comida del día siguiente, Julián volvió a mirarle y él a su vez le miraba de otra manera. No abrió la boca en todo el tiempo, tratando de mostrar enfado, pero sabía que esa tarde volverían a encontrarse en San Antón. Había observado que los ricos se aburren porque andan solitarios y porque, además, siempre hacen las mismas cosas. No había más que observar a Julián con sus ciclistas exactamente igual que el día anterior, en la misma postura, con las mismas chapas, después del pan con chocolate. Silverio no dijo nada ni a Hortensia ni a las niñas. En cuanto éstas le vieron perdieron el culo para contárselo a la criada, que no sabía qué decisión tomar. Optó por hacerse la despistada, y así pudo Silverio contemplar a Julián sin que éste se diera cuenta, percatándose de que el tío jugaba bastante bien, dominaba el tiro de la chapa colocando los dedos de manera distinta a como lo ejecutaban él y sus amigos, haciendo palanca con el pulgar contra el índice doblado, una fórmula extraña que le daba excelentes resultados. A lo mejor no era tan imbécil como creía; en cualquier caso, si se ponía en plan pijo se vería obligado a ganarle, con Delio o con Langarica, le daba igual. No tenía ninguna duda de que los chicos pobres eran más fuertes y habilidosos que los ricos. Se puso delante de él. Julián sonrió apenas y siguió jugando. Esperó pacientemente, sin hablar, a que terminara su carrera. No sabía por qué había tanto polvo aquella tarde en San Antón. Un poco más allá, bajando varios tramos de escalera, se abría un gran paseo por el que deambulaban los sorchis del cuartel de enfrente, un edificio grande como una fortaleza, de ladrillo rojo sucio, que le producía mucho miedo, a todos en su panda les asustaba y procuraban no acercarse a las verjas y menos a las garitas de guardia. Total, que allí estaba con Julián, y aún no había cruzado frase alguna. No es que le diera vergüenza, simplemente esperaba a que el otro comenzara a hablar para ver en qué tono lo hacía. Le correspondía empezar a Julián, ¿no?, para eso era el rico. No supo cuánto tiempo estuvieron así, frente a frente, manoseando las chapas, disimulando, no enfadados, sino expectantes por comprobar quién daba su brazo a torcer. Le empezó a entrar una rabia extraña contra sí mismo y contra el otro, hasta que no aguantó más, se puso en pie y le ordenó a Julián: «Vamos». Echaron los dos a correr. Silverio se paró delante de la estatua del personaje de nombre raro, echó una mirada alrededor por si vislumbraba a algún municipal, saltó las bajas cadenas que cercaban el monumento y se puso a mear sobre el pedestal de mármol, despacio, desafiante; se sacudió la pilila diestramente para no mancharse el pantalón, y volvió junto a Julián brindándole la faena con la cabeza alta. Julián apenas podía ocultar su pasmo, estaba indeciso, pero Silverio sabía que acabaría atreviéndose. No tomó precaución alguna, se fue directamente a la estatua y orinó sobre su base con una meada más larga que la suya. Rieron los dos al unísono y salieron corriendo hasta donde estaba Hortensia. No habían dado ni veinte pasos cuando sonó la corneta del cuartel. La tarde estaba cayendo, y a esa hora se arriaba bandera. Quedaron clavados en el suelo, firmes,

con el brazo derecho extendido en dirección a la enseña patria. Todos en el parque, criadas, niños, barquilleros, gitanos, lanzaban su brazo al cielo, salvo los militares y guardias, que se llevaban al gorro la mano abierta. Ni una mosca se oía mientras el titití-tití daba a la tarde la orden imperiosa de que cesara su actividad y comenzara la anochecida. Cuando el cornetín acabó, el guiñol del parque se puso otra vez en movimiento y, en efecto, al poco empezó a anochecer. Silverio y su nuevo compañero se dieron una palmada en el hombro y cada cual se fue a su madriguera con la sensación de haber inaugurado una fiel amistad.

A partir de ese día comenzaron los problemas de Silverio. Seguramente Hortensia había contado a su señora la relación que se desarrollaba en el parque, y doña Teresa empezó a mirarle de otra manera, con recelo persistente. «Chico —le dijo de sopetón uno de esos días— a mí no me vengas a casa tan sucio. Dile a tu madre que te lave o si no que venga a hablar conmigo.» Estaban en la mesa y se hizo un silencio matizado por el estupor. Julián miraba sin comprender la agresividad de su madre, el doctor calló, las niñas pusieron sus ojos en el mantel. Quizás él no iba tan limpio como Julián, que llevaba calcetines de ganchillo y se los cambiaba todos los días, de acuerdo, pero para eso era pobre; él salía por ahí, jugaba a pedreas, ¿quién le iba a lavar? Para ir a la comida se quitaba el polvo, se mojaba los pelos de la cabeza, qué más podía hacer. Una semana más tarde la señora le preguntó, también en la mesa: «¿Te pica la cabeza?» El contestó que a veces, como a todos los niños. Al doctor le hizo gracia y dijo: «Deja al chico en paz, mujer». Pero Silverio se dio cuenta de que doña Teresa le estaba buscando las vueltas. Así pues, las cosas iban de mal en peor. ¿Debería renunciar a San Antón y a Julián por un plato de lentejas? En su cabeza se entabló una batalla entre la molicie del estómago y la exigencia de una amistad prometedora. Por el lado de sus amigos del barrio, éstos empezaban a escamarse con Julián, únicamente porque era rico.

Una tarde se escaparon de la vigilancia de Hortensia en San Antón, y Silverio le llevó a ver a las locas del manicomio. Julián estaba muy impresionado, pero a los amigos de Silverio no les entusiasmó su presencia, consideraban que en aquel campo no cabían extraños. Incluso su hermano José, que ya había olvidado a la muchacha loca, se enfadó con él por mantener amistad con el hijo de un rico. Pero Silverio no estaba dispuesto a abandonar a su compañero, aunque sólo fuera por cabezonada; en realidad ya no lo veía como rico, bueno, no del todo, era difícil olvidar los bocadillos de chorizo de San Antón o las tabletas de chocolate que a veces compartían. En esa relación la diferencia entre ellos resultaba notable, pero en los juegos los dos eran iguales, el más listo ganaba, y unas veces le tocaba a uno y otras a otro. Se sentían bien juntos, unidos en las aventuras, aquellas acciones en las que arriesgaban una reprimenda o algo peor. Silverio trataba de hacer entender a su hermano José que Julián era distinto, que en su casa le había defendido en más de una ocasión, lo cual no era verdad, pero necesitaba argumentos, tenía que creer en el amigo. Su madre callaba, José insistía en que todos los ricos eran iguales y él, en el fondo, no sabía a qué atenerse, dependía del momento y de cómo se lo planteara.

Pero un día esas contradicciones dejaron de tener importancia porque sucedió algo que acabó de unirlos definitivamente. Había ido a buscarle esa mañana a su casa, como en